

---

## RESEÑA

Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM  
México, 2014, 1ª edición, 312 pp.

# Las capillas de la calle del Calvario

Hugo A. Arciniega Ávila

Instituto de investigaciones Estéticas  
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

huarav@yahoo.com

Es arqueólogo por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y doctor en historia del arte por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es investigador titular en el Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM. Sus líneas de investigación han sido: el avance de la orden de San Agustín sobre la Tierra Caliente del Sur, siglo XVI; la traza urbana del puerto de San Blas, Nayarit, siglos XVIII a XX; los proyectos arquitectónicos para el Palacio Legislativo Federal de México, siglos XIX y XX, y sobre la arquitectura y el urbanismo en México durante el siglo XIX, específicamente sobre la vida y la obra del arquitecto Ramón Rodríguez Arangoiti (1831-1882). De estos temas derivan los capítulos en libros y artículos que ha publicado. Se ha desempeñado como docente en la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía "Manuel del Castillo Negrete" de la ENAH y en el posgrado de historia del arte de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

151

El cambio es una condición de la ciudad viva. Dicho proceso parece más acelerado en los asentamientos mexicanos; todo en ellos resulta mutable, las fachadas, primero, los edificios completos, después; el arbolado de calles y plazas; y los diferentes tipos de mobiliario urbano. Los procesos históricos y las aspiraciones, coherentes o no, de sus gobernantes se manifiestan en la forma de la urbe. El libro que hoy me ocupa da cuenta de lo dicho,<sup>1</sup> ya que está dedicado a explicar el origen, uso, abandono y destrucción de un conjunto de catorce capillas barrocas de las que, desde la superficie del pavimento, no queda el menor vestigio. No sabemos lo que el subsuelo mantenga de los cimientos, pisos y arranques de muros. Más todavía, la denominación que le dieran a la calle sobre la que se asentaban también ha variado: hace más de un siglo que la hoy concurrida Avenida Juárez de la Ciudad de México, dejó de rememorar, el penoso camino que siguió Jesucristo hasta el Monte de la Calavera en Jerusalén. A través de seis capítulos y un apéndice documental se identifican, bien, tres momentos y tres imaginarios que fueron modificándose hasta resultar opuestos: el de los hermanos terciarios de San Francisco, quienes, durante el siglo XVII, fungieron como comitentes principales de este Vía Crucis; el de los higienistas ilustrados de la segunda mitad del XVIII; y el de los liberales exaltados del XIX, que, tanto en las principales avenidas de la capital de la entonces joven República como en todas las cabeceras regionales, no querían ver más procesiones que las cívicas.

1 Robin, Alena. Las Capillas del Vía Crucis de la Ciudad de México. Arte, patrocinio y sacralización del espacio. México: UNAM, 2014.



Jan van Scorel, Jan Verheyden, Frans Hogembergy y Arnald de Loose, *Vista panorámica de Jerusalén*, ca. 1584, grabado, 50.5 x 73.5 cm. Tomado de Christiano Adricomio Delfo, *Jerusalem sicut Christi tempore floruit*, Colonia, 1584: Foto: The National Library of Israel, Eran Laor Cartographic Collection, Shapell Family Digitalization Project and The Hebrew University of Jerusalem, Department of Geography-Historic Cities Research Project/ 17

En *Las Capillas del Vía Crucis de la Ciudad de México. Arte, patrocinio y sacralización del espacio*, la investigadora canadiense Alena Robin<sup>2</sup> trasciende su bien conocido interés por las devociones y los devocionarios novohispanos, e incursiona en el campo de las arquitecturas descritas, es decir, de aquellas en donde los únicos referentes son las imágenes, y los relatos que se construyeron en torno a los espacios, porque nunca existieron, fueron sustituidas por otras, o desaparecieron casi completamente. Aquí, el reto del historiador consiste en reconstruirlas, en principio, en su imaginación y, finalmente, en el texto o en las imágenes virtuales que luego com-

parte con los lectores o el público. En este caso la reconstrucción del conjunto arquitectónico está sustentado en una exhaustiva investigación documental que tuvo lugar en diferentes ramos del Archivo General de la Nación, el Archivo General de Notarías, el Archivo Histórico del Distrito Federal, y en el Archivo Histórico de la Párroquia de la Santa Veracruz. Desde antiguos libros de cuentas, que como advierte la autora, estaban incompletos o sometidos a procesos restaurativos permanentes, el conjunto de las fuentes de primera mano se abre a las visuales: hasta los biombos, la cartografía y la cuidadosa planimetría que alumnos y profesores de la Academia de

2 Tirois-Rivières, Canadá.

San Carlos nos legaron. Entonces, desde el cruce de narraciones fue posible hallar los antecedentes de dichas arquitecturas en un casi desconocido humilladero.

La aproximación a la obra arquitectónica ha dejado de ser vista sólo como mero ejercicio descriptivo en donde, sobre otras consideraciones, predomina la terminología especializada que mejor corresponde con cada época, estilo o región cultural. Coherente con las corrientes actuales de investigación, Robin se adentra en el mecenazgo, leyendo y releendo instrucciones testamentarias, contratos de obra y sermones fúnebres, todo con el propósito de identificar a los miembros de la sociedad novohispana que destinaron fuertes sumas de dinero para la construcción de estas ermitas, durante las últimas décadas del siglo XVII. Allí está el caso de Joseph de Retes, un benefactor de la Iglesia, que fuera conocido como “restaurador de templos”. Por citar sólo un ejemplo de entre ese colorido mosaico racial, cuyos estamentos superiores aparecen siempre ávidos de reconocimiento social. Aunque, nunca estuvo de más ejercer el patrocinio como un recurso para tranquilizar la conciencia. La lectura de la obra no sólo nos permite comprender la orientación que se dio a los accesos en cada capilla o el tema de los relieves que se tallaron sobre éstos, para identificar cada uno de los pasos del Vía Crucis, sino también repasar el inventario de las pinturas y otros ornamentos litúrgicos

que fueron encargados al pintor Antonio Rodríguez o al dorador de retablos Jacinto Nadal, por citar sólo dos casos, para completar el aspecto que tuvieron los interiores. A través de estos párrafos es posible evocar las atmósferas que envolvieron a aquellos mujeres y hombres no tan fieles. Estoy seguro que dichos listados de obra servirán, además, para reconocer la procedencia de alguna de los cientos de pinturas que actualmente se almacenan, sin procedencia, ni autor, en las bodegas de nuestros museos. La lectura del libro me confirma, por otra parte, que ningún edificio desaparece del todo.

Como en el gremio de los alarifes novohispanos, en *Las Capillas del Vía Crucis de la Ciudad de México*, también es posible reconocer la tradición, es decir, como se tienden puentes con líneas de investigación antecedentes. En lo que concierne al culto que recibieron en la Nueva España los símbolos de la pasión y muerte de Jesucristo, Alena Robin establece un diálogo con Clara Bargellini, tutora principal de la tesis doctoral que da origen a esta publicación;<sup>3</sup> desde las atribuciones hechas a los maestros Marcos Antonio Sobrarias, Diego Rodríguez, y Cristóbal de Medina Vargas, hace lo propio con los trabajos de Martha Fernández;<sup>4</sup> todo ello sin olvidar el artículo que Xavier Moyssén dedica a las representaciones pictóricas de la Alameda de la Ciudad de México.<sup>5</sup> Cada generación de estudiosos del arte novohispano va reorientando los problemas de

3 Bargellini, Clara. “Amoroso horror: arte y culto en la serie de la Pasión de Gabriel de Ovalle de Guadalupe, Zacatecas”, en *XVIII Coloquio Internacional de Historia del Arte. Arte y violencia*. México: UNAM, 1995. 499-524.

4 Fernández, Martha. *Arquitectura y gobierno virreinal. Los maestros mayores de la ciudad de México. Siglo XVII*. México: UNAM, 1985.

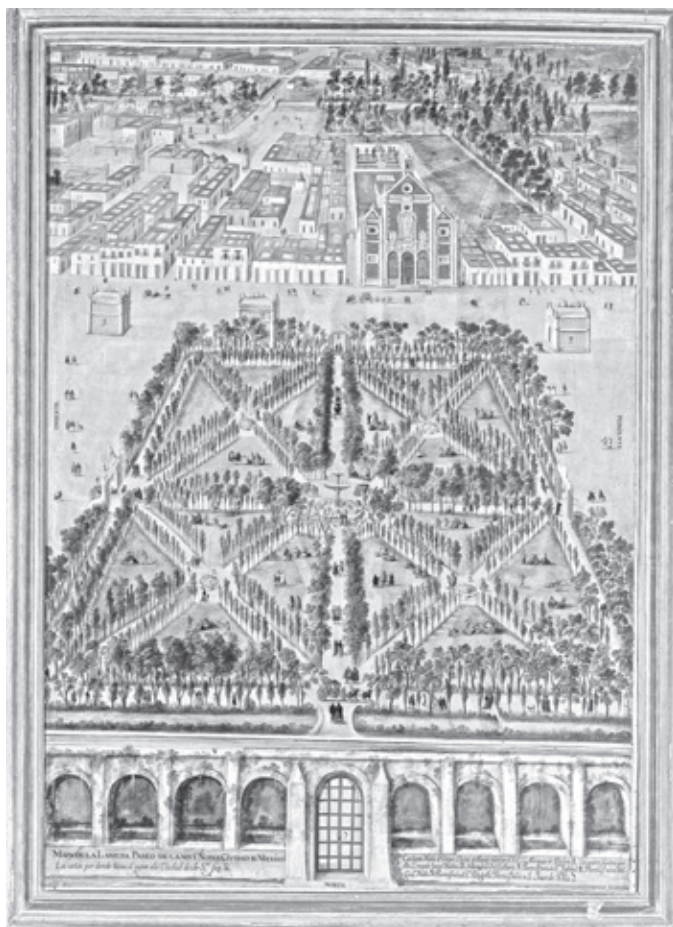
5 Moyssén, Xavier. “La Alameda de México en 1775”. *Boletín de Monumentos Históricos*, 2 (1979): 47 -56.

investigación, y, al incluir nuevas series documentales, amplía las posibilidades de lectura e interpretación de la obra.

Junto a la reconstrucción de las arquitecturas, hoy descritas, para mí resulta fundamental destacar la contribución que se hace al conocimiento de las maneras en que se transformó y usó el espacio público, ya desde la procesión anual de Viernes Santo, hasta los divertimentos, comunes en una sociedad de castas, que se oponían a la religiosidad franciscana. Alena Robin identifica la incompatibilidad que se manifestó entre la ruta que seguía el *Vía Crucis* y el paseo más antiguo de la Ciudad, la Ala-

meda, es decir, entre recogimiento temporal y diversión permanente. Aspecto de la cotidianidad urbana que más que en la calle y en el jardín público, permaneció registrado sólo en los documentos. Me parece afortunada, además, la reflexión que se hace sobre el dominio que la Orden Seráfica ejercía no sólo en los “Santos Lugares de Oriente”, sino también sobre un amplio sector de México–Tenochtitlan, hacia el poniente, mismo que paulatinamente se fue poblando de conventos, hospitales y colegios.

Cada una de las catorce capillas es bien interpretada en un contexto espacial al que recrea, modifica, y a cuya natural transfor-



Anónimo, *Paseo de la Alameda de México*, ca. 1720, óleo sobre tela, 206 x 227 cm, colección de Isabel de Farnesio, Palacio de la Almodaina. Foto: @ Patrimonio Nacional, España/ 30

mación se va oponiendo con su presencia. El análisis no concluye, por fortuna, en el momento en que se cerró la última bóveda o se dedicó el retablo de la Capilla del Calvario, la más importante, sino que sigue hasta los procesos de abandono y destrucción. Identificando durante este recorrido los cambios en la mentalidad: primero en el propósito de acercar a los habitantes de la capital con el reino natural, a través del Paseo Nuevo o de Bucareli; y más tarde con una noción de ciudad encaminada por el Estado hacia la comercialización del suelo urbano. No me deja de sorprender que entre los argumentos esgrimidos en favor de conservar una parte de este conjunto arquitectónico, ya se aludiera a “su antigüedad y solidez”. Aunque tales valores de nada valieron, ante la búsqueda de avenidas

amplias de trazos ortogonales propia del urbanismo decimonónico, en donde no se pudieran verificar las fechorías de “malhechores y viciosos”.

Deseo finalizar mi reseña con una frase de la autora: “Si bien las capillas del Vía Crucis de la capital del virreinato no fueron construcciones mayores, en comparación con la Catedral o los conventos de monjas que se estaban componiendo en ese momento, era importante reflexionar sobre la participación de los diferentes maestros de arquitectura.”<sup>6</sup> Justo, otro de los grandes cambios que se registra en la historia de la arquitectura radica en que amplía su campo de interés desde las “construcciones mayores”, hasta la solución dada a estas pequeñas obras que tampoco quedaron exentas de los valores vitruvianos: de *utilitas*, *firmitas* y *venustas*.▲■

6 Robin. *Op. cit.*, p. 156.